RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Blanco, Alejandro

þÿIdeología, cultura y política :
þÿFrankfurt en la obra de Gino G

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
þÿBlanco, A. (1999). Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt e
3(3), 95-116. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2690

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

*Ideología, cultura y política: la "Escuela de Frankfurt" en la obra de Gino Germani**

Alejandro Blanco

Universidad Nacional de Quilmes

1 La recepción de los escritores de la Escuela de Frankfurt en la Argentina no ha sido hasta ahora, desgraciadamente, más que objeto de observaciones parciales y fragmentarias. Martin Traine[1] ha revelado que, durante los años treinta, los escritos de Walter Benjamin sobre arte, y de Adorno sobre música, atrajeron la atención de Luis Juan Guerrero, profesor de Estética de la Universidad de la Plata. El trabajo de Traine explora fundamentalmente ciertos vínculos institucionales entre el Instituto de Frankfurt y la Universidad de Buenos Aires, vínculos que, por diversos motivos, se cortarían casi apenas iniciados.[2] Por su parte, Jorge Rivera,[3] en una investigación destinada a trazar la genealogía de los saberes de la comunicación en la Argentina, ha señalado el período de mediados de los años sesenta como el momento en que comienza a difundirse en la Argentina parte de la literatura proveniente de la Escuela de Frankfurt. En 1967, en efecto, la editorial Sur lanzaba al mercado su colección "Estudios Alemanes", que incluiría los trabajos probablemente más representativos de lo que hoy acostumbramos a identificar como "Escuela de Frankfurt.[4] A su vez, en 1968 el semanario *Primera*

* Este trabajo forma parte de la investigación "Sociedad de masas, totalitarismo y democracia: Gino Germani 1934-1965", que actualmente llevo a cabo como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

[1] Martin Traine, "Los vínculos del 'Instituto de Investigaciones Sociales' de Frankfurt con la Universidad de Buenos Aires en los años 30", en *Cuadernos de filosofía*, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Nueva época, No. 40, abril de 1994.

[2] Entre ellos, el autor menciona las dificultades que tuvo que afrontar el Instituto de Frankfurt en América, el empeoramiento de la situación política del país, la pérdida de interés en los temas frankfurtianos en los círculos académicos argentinos y el definitivo alejamiento de la Argentina de Felix Weil, administrador de los fondos del Instituto. Sobre la circulación de la obra de Walter Benjamin en español, cf. igualmente José Aricó y Marcelo Leiras, "Benjamin en español", *La Ciudad Futura*, No. 25/26, Buenos Aires, octubre de 1990/enero de 1991, y Graciela Wanba Gaviña, "La recepción de Walter Benjamin en la Argentina", en *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*, Buenos Aires, Alianza/Goethe-Institut Buenos Aires, 1993.

[3] Jorge B. Rivera, *La investigación en comunicación social en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

[4] En 1966 aparece *Teoría y praxis*, de Jürgen Habermas; al año siguiente *Ensayos escogidos* de Walter Benjamin; en 1969 *Dialéctica del iluminismo*, de Theodor Adorno y Max Horkheimer; en 1970 *Sobre el concepto del hombre y otros ensayos*, de Max Horkheimer, y, tres años después, del mismo autor, *Crítica de la razón instrumental*, entre otros. La colección estaba dirigida por Victoria Ocampo, Helmut Arntz, Hans Bayer, Ernesto Garzón Valdés, Rafael Gutiérrez Girardot y H. A. Murena.

Plana reproducía una entrevista a Herbert Marcuse[5] y, al año siguiente, la editorial Proteo de Buenos Aires daba a conocer las *Lecciones de sociología*, de Theodor Adorno y Max Horkheimer. Cabe recordar igualmente que ese mismo año, una pequeña editorial, Quintaria, publicaba con el título de *La sociedad industrial y el marxismo* un conjunto de recientes textos de Marcuse.[6] Poco tiempo después, en 1974, la editorial Amorrortu editaba de Max Horkheimer *Teoría crítica*. Sobre los motivos que podrían explicar la presencia de dicha literatura en nuestro medio intelectual, Rivera arriesgaba la siguiente hipótesis:

> […] las ideas y los textos de la Escuela de Frankfurt […] surgen en cierta forma como propuesta alternativa frente al funcionalismo, con su revaluación de la "instrumentalidad" de la razón y su crítica de fondo a la nueva opresión tecnológica, que encierra una apocalíptica y para muchos sugestiva denuncia sobre la decadencia de la genuina civilización humanística.[7]

Sin embargo, un examen atento de la trayectoria y la producción intelectuales de Gino Germani revela la existencia de numerosas referencias a la obra de algunos de los miembros del Instituto de Frankfurt y en la que, no obstante, todavía no se ha reparado. Sin prejuzgar sobre su posible significación, veamos en principio los datos que apoyan esta conjetura.

2 En 1955 aparecía el primer libro de Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. El capítulo que el autor consagrara a la temática de las actitudes políticas y su relación con la estructura ocupacional y de clases contenía una referencia a *The Authoritariam personality*, de Theodor Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, libro, este último, que poco tiempo después habría de convertirse en un clásico de las ciencias sociales. Como se recordará, *The Authoritarian personality* formaba parte de la serie de los *Studies in Prejudice*, un conjunto de investigaciones que, bajo la dirección alternada de Max Horkheimer y Samuel Flowerman, abordaban, desde distintos enfoques disciplinarios, el origen y la naturaleza de los prejucios que caracterizan las relaciones entre los grupos. De las investigaciones participarían, entre otros, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Leo Lowental y Paul Massing, del núcleo originario del Instituto de Frankfurt, y numerosos intelectuales europeos y americanos de distinta orientación disciplinaria,[8] como Bruno Bettelheim, Morris Janowitz, Nathan W. Ackerman y Marie Jahoda. La referencia volvería a reiterarse en 1956 en "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo",[9] (en la que se menciona, además, los estudios sobre la autoridad y la familia emprendidos por el Ins-

[5] "Reportaje a Herbert Marcuse", *Primera Plana*, No. 302, octubre de 1968.
[6] La edición incluía "Industrialización y capitalismo en Max Weber", "La obsolescencia del marxismo", y "Las perspectivas del socialismo en las sociedades industriales avanzadas". Además, la reproducción de un reportaje al autor realizado por el semanrio *Le Monde*, y un comentario de André Gorz sobre *El hombre unidimensional*.
[7] Jorge B. Rivera, *op. cit.*, p. 37
[8] Un análisis sobre el origen y la preparación de los *Studies in Prejudice,* en Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1991.
[9] Ensayo aparecido en *Cursos y Conferencias*, año XXV, No. 278, junio de 1956, y posteriormente incluido en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós, 1962.

tituto de Frankfurt en la década del treinta),[10] y, un año más tarde, en "Las clases populares y las actitudes autoritarias".[11]

La presencia de las investigaciones del Instituto de Frankfurt en los intereses y preocupaciones de Germani no quedaría limitada, sin embargo, a esas solas referencias. En su labor como editor, al frente de la colección "Psicología social y Sociología" de la editorial Paidós, daría a conocer algunas de ellas. En 1947 traduce, acompañado de un prólogo, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm[12] y, en 1954, difunde uno de los textos de la serie de los *Studies in Prejudice*, *Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan Ackerman y Marie Jahoda, con un prólogo de Max Horkheimer y Samuel H. Flowerman. En 1968, finalmente, editaría en la colección citada de Paidós *El estado democrático y el estado autoritario*, de Franz Neumann, con prólogo de Herbert Marcuse.[13]

Ahora bien, que la edición de *Psicoanálisis del antisemitismo* tanto como la reiterada referencia a *The Authoritarian Personality* no serían marginales a los intereses intelectuales de Germani ni al perfil que pretendía imprimirle a la sociología se revela en la presencia que la problemática del prejuicio en general, y del prejuicio antisemita en particular, habría de adquirir tanto en las investigaciones como en las publicaciones que, pocos años más tarde, realizaría el Departamento de Sociología bajo su dirección. En 1960 aparecía en la serie Cuadernos de Sociología del Instituto de Sociología un volumen titulado "Psicología social del prejucio". La edición, a cargo de Ernesto Verón, incluía "La personalidad autoritaria", de Else

[10] Los *Studien über autorität und familie*, dirigidos por Max Horkheimer, aparecieron en París, Alcan, en 1936. Colaboraron en la investigación Erich Fromm, Herbert Marcuse, Paul Lazarsfeld y Marie Jahoda, entre otros. Véase para esto el extenso estudio introductorio de Max Horkheimer, "Autoridad y familia", incluido en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974; igualmente, Martin Jay, *La imaginación dialéctica…*, cap. IV. Los *Studien…* aparecen mencionados por Germani, además, en "Antisemitismo tradicional y antisemitismo ideológico" (1962) y en "Hacia una teoría del fascismo. Las interpretaciones cambiantes del totalitarismo" (1968). En este último texto añade el siguiente comentario: "Tal vez se recuerde que Adorno y algunos de sus colaboradores *pertenecían a la misma tradición científica*. Junto con Horkheimer, se encontraban trabajando en el Instituto para la Investigación Social en Alemania, sitio en el que Fromm dirigió por primera vez una encuesta acerca de las clases media y trabajadora. De hecho toda su teoría y su concepto de autoridad se derivan de estos primeros estudios" (las cursivas son mías).

[11] Comunicación presentada al IV Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Chile en 1957 y publicada en "Ideologías autoritarias y estratificación social", *Cuadernos de Sociología*, No. 24, 1960.

[12] Muy probablemente el conocimiento de Germani acerca de los estudios sobre la autoridad y la familia del Instituto de Frankfurt se remonte al momento de esta traducción. En efecto, en la obra de Fromm, que era por otra parte fruto de aquellos estudios, aparece citado "Psychologie der Autorität", el ensayo de Fromm incluido en la compilación de Max Horkheimer, *Autorität und Familie*. Además, en su prólogo Germani cita de Fromm "Sozialpsychologischer Teil in Studien über Autorität und Familie", otra de sus contribuciones a la mencionada compilación, y "Ueber Methode und Aufgabe einer analytischen Sozialpsychologie", aparecido en el primer número de la *Zeitschrift für Sozialforschung*, la revista publicada por el Instituto, bajo la dirección de Horkheimer, entre 1932 y 1939.

[13] Franz Neumann, autor del estudio clásico sobre el nazismo, *Behemoth: Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, se incorporó en 1936 al Instituto de Frankfurt, entonces afiliado a la Universidad de Columbia en Nueva York, por expresa recomendación de Harold Laski, uno de los sostenedores del Instituto en Londres y profesor de Neumann en la *London School of Economics and Political Science*. Desde muy temprano Germani estuvo en contacto con la obra de Laski y difundió parte de ésta en la Argentina. Como director de la colección "Ciencia y Sociedad", de la editorial Abril, publicó del autor *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo,* en 1944, y en 1945, acompañado de un prólogo, *La libertad en el Estado moderno*. En 1961, a su vez, escribió el prefacio a *El peligro de ser "gentleman" y otros ensayos*, libro este último aparecido en la colección "Psicología social y Sociología", de Paidós. La filial londinense del Instituto sobrevivió hasta 1936 dirigida por Jay Rumney, que había colaborado en las investigaciones reunidas en *Autorität und Familie*. Cf. Martín Jay, *op. cit*., pp 237-239. En colaboración con Joseph Maier, otro miembro de Instituto, Rummey es el autor de *Sociología. La ciencia de la sociedad*, título que sería editado por Germani en Paidós, en 1956.

Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford.[14] Pero esa relación tendría alcances todavía más precisos. Dentro del plan de investigaciones del Departamento de Sociología, Germani incluirá una sobre el antisemitismo que haría uso del marco de referencia teórico y metodológico de las investigaciones sobre los prejuicios conducidas por Max Horkheimer.[15] La investigación de Germani sería auspiciada por el *American Jewish Committee*, del Instituto de Relaciones Humanas de Nueva York, precisamente la misma entidad que respaldó los *Studies in prejudice*.

Tanto menos marginal a sus intereses se revelaría la edición de un libro como el de Erich Fromm. En 1964, en colaboración con Jorge Graciarena, Germani editaba una antología de textos titulada *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* y destinada como material bibliográfico para el curso de "Introducción a la sociología" en el Departamento de Sociología. En su prefacio, los editores recomendaban como lectura obligatoria, además de *Cultura y personalidad*, de Ralph Linton, y *El carácter femenino*, de Viola Kleim, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, que, a juicio de los editores, "*complementa de manera general casi todo el programa*" (las cursivas son mías). ¿Debería añadir que en 1965, una editorial de procedencia anarquista, Proyección, editaba en la Argentina *La personalidad autoritaria* y que el prólogo estaba firmado por Eduardo Colombo, entonces profesor del Departamento de Sociología?[16]

En principio, entonces, los datos parecerían exhibir la existencia de un contacto persistente de Germani con las investigaciones del Instituto de Frankfurt (se extendería, en efecto, por un período de unos veinte años aproximadamente) tanto como la importancia que estas últimas habrían de adquirir (aunque más no fuera que por su propia iniciativa) en la constitución del perfil intelectual de una sociología recientemente institucionalizada, como parte de la bibliografía de los planes de enseñanza de la disciplina,[17] en unos casos, como fuente de inspiración teórica y metodológica de algunas de sus investigaciones, en otros.

Hay, por consiguiente, una historia de la recepción de la "Escuela de Frankfurt" en la Argentina que precede a la notada por Jorge Rivera. No está, sin embargo, en nuestro ánimo advertir en el trabajo de este último la omisión de las referencias consignadas en este ensayo. El objetivo de Rivera no era analizar la presencia de la "Escuela de Frankfurt" en la Argentina sino más bien indicar en diálogo con qué textos y tradiciones intelectuales fue conformán-

[14] El cuaderno, que llevaba por título "Psicología social del prejuicio", incluía también trabajos de Ernesto Verón, Kurt Lewin, Milton Rockeach, N. C. Morse y F. H. Allport y J. Greenblum y L. Pearlin.

[15] Dirigida por el mismo Germani con la colaboración de Ernesto Verón, la investigación, que se inició en 1958, se tituló "Personalidad autoritaria y actitudes políticas". Véase "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director", Buenos Aires, septiembre de 1961. Los resultados de la pesquisa aparecieron publicados en 1963 con el título de "Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional", en *Cuadernos de Comentario*, Instituto Judío de Cultura e Información, 1963. Debiera acaso recordarse que en este último texto Germani toma como referencia, entre otros, los datos contenidos en otro de los volúmenes de la serie de los *Studies*, *Dinamics of Prejudice*, de Bruno Bettelheim y Morris Janowitz.

[16] En 1965 Colombo tenía a su cargo el seminario "Psicología social: los roles sociales y la pertenencia a grupos". Véase, "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director", Buenos Aires, septiembre de 1961.

[17] Además de la antología antes citada, y dentro de los cursos que ofrecía el Departamento de Sociología, el seminario de Regina Gibaja "Comunicación de masas, propaganda y opinión pública" incluía como bibliografía dos textos de Theodor Adorno, "Television and pattern of mass culture", y "The radio symphony", y otros dos de Leo Lowenthal, "Portrait of american agitator" y "Biographies in popular magazines". *La personalidad autoritaria* figuraba como bibliografía en la asignatura "Psicología social" dictada por Enrique Butelman. Cf. "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director", Buenos Aires, septiembre de 1961.

dose un registro discursivo que tendría por objeto la problemática de la comunicación social y la cultura de masas. Con todo, e independientemente de si los signos visibles de la difusión de dicha literatura durante los años sesenta son suficientes como prueba de una real apropiación de la misma,[18] el señalamiento tiene más bien la intención de mostrar un contraste que acaso sea útil para intentar un primer acercamiento al problema de este ensayo. En efecto, la comparación muestra que, a diferencia de la recepción tematizada por Rivera, Germani sigue de cerca un aspecto particular de la producción intelectual de algunos de los miembros del Instituto de Frankfurt, aquel donde aparecerá más nítidamente perfilada una de sus vetas más características, la relativa a la incorporación del psicoanálisis a una renovación de la teoría marxista.[19] Ahora bien, ¿por qué pudo Germani mostrarse sensible a esta literatura?

Por cierto, se podría explicar la acogida favorable de Germani hacia, por ejemplo, una obra como *La personalidad autoritaria* aduciendo que, a diferencia de los trabajos, digamos más especulativos, de los integrantes del Instituto, este tipo de investigaciones se ajustaba perfectamente a las expectativas relativas al canon de lo que por entonces parecía constituir un modelo de investigación científica: base experimental, uso de datos cuantitativos y cualitativos, métodos de verificación, etc; en fin, una investigación provista de todo un arsenal metodológico –test, encuestas, escalas de medición, etc.– considerado representativo de la ejemplaridad de la investigación científica de un problema.[20] Podría argüirse incluso que a esas características se añadía otra, no menos representativa de dicho canon: se trataba en efecto de una investigación colectiva, realizada por un conjunto de investigadores provenientes de distintas disciplinas, resultado, consiguientemente, de una labor conjunta.[21] Los procedimientos metodológicos puestos en práctica para el desarrollo de la investigación sobre los prejuicios se revelaban así absolutamente compatibles con la dirección que por entonces Germani aspiraba a imprimirle a la sociología. En efecto, la naturaleza experimental de la investigación exhibía una voluntad de sistematización del material empírico y una disposición a cuantificar fenómenos de 'carácter subjetivo' con la que Germani no podía menos que estar de acuerdo, tan partidario como era de la aplicación de métodos naturalistas al estudio de la vida social

[18] En un trabajo reciente sobre la recepción de los escritos de la teoría crítica en los estudios de comunicación en América Latina, se revela que, para esos años, y al menos en la Argentina, la misma fue de carácter fragmentario y que, por lo demás, los discursos críticos sobre la comunicación se apoyarían, en realidad, en otras matrices de pensamiento. Véase Alicia Entel, Víctor Lenarduzzi y Diego Gerzovich, *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

[19] Tanto los estudios consagrados a la autoridad y la familia, *El miedo a la libertad* como la serie de los *Studies in prejudice* constituyen, en efecto, los documentos intelectuales más significativos de la puesta a prueba de dicha estrategia intelectual.

[20] En efecto, como ha señalado Daniel Bell, el predominio de la cuantificación, la verificación como requisito metodológico de puesta a prueba de una proposición y el consiguiente rechazo a las generalizaciones especulativas, además de la prioridad asignada a la recolección de datos y al desarrollo y perfeccionamiento de los métodos de la encuesta y la observación participante, constituyeron los rasgos más notorios de un renacimiento de las ciencias sociales en el período comprendido entre 1945 y 1970 animado por una común expectativa de predicción, de administración y de exactitud cuantificable. Véase, Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 1984; igualmente, Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales,* México, Siglo XXI, 1996.

[21] Son conocidos los reproches de Germani hacia la figura del "ensayista" o del "pensador", cuya labor "solitaria" debía ser sustituida por el trabajo en equipo. Cf. Gino Germani, *La sociología en la Amércia Latina. Problemas y perpectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, y el prólogo que redactara para la edición española de *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills, México, FCE, 1961.

cuanto del consecuente rechazo de los métodos de carácter introspectivo.[22] Por lo demás, los *Studies in prejudice* se inscribían en lo que por ese entonces constituía una suerte de paradigma de análisis en las ciencias sociales, la "caracterología", y por el que Germani, no obstante sus reservas, se mostraba particularmente interesado.[23] De manera que si se tiene en cuenta este costado de su trayectoria intelectual, la observación, lejos de lucir apresurada, parece más bien provista de cierto grado de verosimilitud.[24]

Indudablemente, la apertura a las ciencias sociales en general y a la investigación empírica en particular que caracterizaría la obra del Instituto de Frankfurt tanto como la de sus distintos miembros no puede sino considerarse como un aspecto de primera importancia a la hora de calibrar por qué dicha obra pudo atraer la atención de Germani. Incluso, hasta podría establecerse –con todos los recaudos del caso– una analogía entre las posiciones críticas de los frankfurtianos hacia las tradiciones alemanas de pensamiento social más o menos especulativas y la de Germani respecto de sus equivalentes locales. Con todo, y no obstante la plausibilidad de esta virtual tesitura, hay por lo menos una objeción que puede oponérsele, y cuyo peso, tengo la impresión, sería suficiente, no para dejarla de lado, sino para ir un poco más allá de ella. Entre las obras que fueron objeto de la recepción de Germani, fue la menos empírica de todas ellas, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, la que, paradójicamente –como se verá más adelante–, marcó de manera más acusada la formación de su pensamiento y la construcción de sus esquemas interpretativos. A este respecto, apenas una ojeada comparativa entre, pongamos por caso, *The Authoritarian Personality* y *El miedo a la libertad*, sería acaso suficiente para caer rápidamente en la cuenta de hasta qué punto el último de ellos está más próximo al género del ensayo histórico que al de la investigación empírica.

Trataré de mostrar entonces que la relación de Germani con las investigaciones del Instituto no habría de residir exclusivamente en un plano meramente formal-metodológico, sino en uno que era a la vez que conceptual, enteramente político-ideológico. Aquella relación habrá de establecerse –tal la hipótesis de lectura que voy a proponer– en función de una *proble-*

[22] Para esta cuestión, véase de Gino Germani "Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana" y "Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América Latina", en *Boletín del Instituto de Sociología*, No. 6, 1952; *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México, Cuadernos de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; *La sociología en la Amércia Latina. Problemas y perpectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

[23] Como se recordará, la idea rectora de los estudios del carácter era aquella según la cual era posible detectar en una colectividad, o en los distintos grupos que la componen, ciertas pautas unitarias de comportamiento encarnadas en los rasgos modales de la personalidad. El interés de Germani por este tipo de estudios puede apreciarse perfectamente en su labor como editor de las obras de Margaret Mead (*Adolescencia y cultura en Samoa*, Abril, 1945, *Sexo y temperamento*, Abril, 1947, y *Educación y cultura*, Paidós, 1952), Karen Horney (*La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Paidós, 1946), Michel Dufrenne (*La personalidad básica*, Paidós, 1959), y David Riesman (*La muchedumbre solitaria*, Paidós, 1964). Sus reservas hacia este tipo de enfoque pueden verse en *Política y sociedad en una época de transición*, pp. 45 y 46.

[24] Todavía más. Observada desde la perspectiva de una teoría de la constitución del campo intelectual como la elaborada por Pierre Bourdieu, puede comprenderse perfectamente el papel estratégico que una obra como la citada estaría destinada a desempeñar en la lucha, entonces librada por Germani, por la legitimación de una disciplina de carácter empírico-analítico. Para la teoría de los campos, véase de Pierre Bourdieu *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995. Para un desarrollo de esta perspectiva en la Argentina, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983, y Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1992. No es ésta, sin embargo, la perspectiva adoptada en este trabajo.

mática teórico-política, la emergencia de la moderna sociedad de masas, la quiebra de la democracia y las experiencias del totalitarismo, y de un *proyecto disciplinario*, la construcción de una *perspectiva psicosocial* de análisis en la que el diálogo con el psicoanálisis habría de jugar un papel decisivo. Es entonces en el marco de esta doble dimensión que, sospecho, puede ser leída la presencia de la escuela de Frankfurt en los intereses de ese momento fundacional de la sociología en la Argentina.

3 Ahora bien, antes de analizar puntualmente los motivos de la recepción, es necesario reparar en el siguiente hecho: el contacto de Germani con los escritores de Frankfurt plantea el problema más general de su relación con la tradición marxista. En principio, podría admitirse que la obra de Marx y Engels no estuvo en el centro de sus preocupaciones intelectuales. Se ha señalado, asimismo, la escasa consideración que recibió el marxismo en los planes de enseñanza de la sociología, al menos durante el período en el que Germani tuvo bajo su jefatura los destinos del Departamento y de la carrera.[25] ¿Cómo explicar entonces su relación con una tradición marxista como la de Frankfurt?

A este respecto, es necesario reparar por un momento en una figura del marxismo heterodoxo de esos años como Karl Mannheim, por la que Germani se mostraría particularmente interesado y que sería decisiva, a su vez, en su orientación intelectual. Por cierto, esto no significa que las orientaciones teóricas de Mannheim y los frankfurtianos fueran convergentes, como tampoco sus respectivos intereses ideológico-políticos, y que, por consiguiente, una explique la otra. Pero es indudable que ambas expresaban una renovación de la tradición marxista, consistente fundamentalmente en una mayor atención a la dimensión de la subjetividad como al papel que la cultura desempeña en la conformación de las orientaciones ideológicas de clase, atención que traducía, en uno como en otros, una insatisfacción creciente con el economicismo del marxismo vulgar cuanto la necesidad de abrir la teoría marxista a una problematización de la cultura.

De cualquier manera, y si se tiene en cuenta que la obra de Mannheim proporcionaría a Germani una serie de tópicos y esquemas conceptuales que serían constitutivos de su perspectiva intelectual sobre el mundo moderno, volver sobre algunos de ellos nos permitirá, en todo caso, precisar el contexto de la problemática a partir de la cual Germani se acerca a las investigaciones de Frankfurt. En la obra de Mannheim, en efecto, Germani encontraría, en primer lugar, un análisis de las tensiones originadas en la sociedad moderna como consecuencia del proceso de "democratización fundamental", es decir, del ingreso de las masas a la vida política nacional; y, en segundo lugar, un examen de la crisis de la sociedad moderna en conexión con la problemática de la racionalización y los efectos que el debilitamiento de los vínculos con la tradición y con la comunidad producen en el equilibrio psíquico de las personas. Asimismo, un análisis acerca de las posibilidades de una reconstrucción racional y democrática de la sociedad en una era de masas y del papel que la ciencia social está llamada a desempeñar en ésta proporcionando al hombre los instrumentos cognoscitivos en orden a

[25] Véase Torcuato Di Tella, "La sociología en la Argentina en una perspectiva de veinte años", *Desarrollo Económico*, vol. 20, No. 79, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1980. Según el autor, durante los diez años comprendidos entre 1956 y 1966, "el estudio de las teorías marxistas […] fue entre escaso y nulo".

una orientación de carácter racional.[26] En último término, debe consignarse también el lugar cada vez más relevante que el psicoanálisis habría de adquirir en el pensamiento de Mannheim y su interés en un tratamiento más sistemático de los aspectos psicológicos del proceso social.[27]

En su diagnóstico de la crisis, Mannheim bosquejaba dos series de problemas que, aunque diferentes, se hallaban estrechamente relacionados. La crisis, en principio, obedecía a los cambios originados como consecuencia de la emergencia de la sociedad de masas. El proceso de "democratización fundamental", que significaba la ampliación de la participación política a sectores sociales anteriormente excluidos de ella, planteaba el problema de la integración y adaptación de dichos sectores a las nuevas formas de vida caracterizadas por el predominio de las grandes organizaciones de masas y el correlativo declive de las formas tradicionales de integración. La incorporación de las masas debía entonces correr paralela a una extensión de la racionalidad en esferas de la conducta en las que antes dominaba la aceptación de los dictados de la tradición y la costumbre. Pero a su vez, esta democratización se veía amenazada por una tendencia hacia la centralización y concentración de los medios (de producción, de guerra, de poder, etc.) propia del proceso de racionalización creciente y que depositaba en las manos de una minoría el manejo y la administración de las distintas organizaciones de la vida colectiva. ¿Cuáles eran entonces las posibilidades de desarrollo de una democracia en una sociedad de masas caracterizada precisamente por la presencia de estas dos tendencias contrapuestas?

La otra serie de problemas detectada por Mannheim como causante de la crisis estaba ya más directamente relacionada con las "fuerzas desintegradoras" de la sociedad industrial. Aquí el núcleo de su diagnóstico se fundaba en un análisis del proceso de racionalización de la vida moderna que tenía como referencia más inmediata, indudablemente, la obra de Max Weber. En efecto, en *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Mannheim exponía el motivo principal de la crisis de las sociedades contemporáneas (por lo demás, en términos no muy diferentes a los que lo hacía por entonces Max Horkheimer en un artículo sobre las relaciones entre historia y psicología),[28] bajo la forma de un estado de inadecuación (o mejor dicho de desajuste) entre el desarrollo de la racionalidad tecnológica y el de la racionalidad social. Para Mannheim, en efecto, la crisis obedecía a una asimetría entre el desarrollo de la racionalidad funcional y el de la racionalidad sustantiva. De acuerdo con este autor, la prime-

[26] Este último problema aparece explícitamente tratado por Germani en "Sociología y planificación social", *Boletín* de la Biblioteca del Congreso Nacional, Buenos Aires, Nos. 57-58-59, julio/diciembre de 1946, incluido más tarde en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, Universidad Autónoma de México, 1962, en el que Germani subraya que dicha orientación sólo puede asumir un carácter instrumental, es decir, sólo puede estar referida a los medios y no a los fines de la acción. He analizado con más detalle este problema en "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada, *Punto de vista*, No. 62, noviembre de 1998.

[27] Para una visión de conjunto del pensamiento y la trayectoria intelectual de Karl Mannheim, véase Lewis Coser, "Karl Mannheim, 1893-1947", en *Master of Sociological Thought. Ideas in Historical and Social Context*, Harcourt Brace and Company, Florida, 1977. Aspectos parciales de su obra en Raymond Aron, *La sociología alemana contemporánea*, Buenos Aires, Paidós, 1953; Paul Kecskemetti, "Introducción" a Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, 1963; igualmente, Louis Wirth, "Prefacio" a Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1993.

[28] Véase Max Horkheimer, "Historia y psicología", en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974. Originariamente, el ensayo apareció en 1932 en la revista del Instituto, la *Zeitschrift für Sozialforschung*.

ra es aquella que prevalece en una organización de las actividades humanas en las que los hombres se convierten en parte de un proceso mecánico donde cada uno tiene asignados una posición y un rol funcionales; la segunda, en cambio, alude a la capacidad que tienen los hombres de captar una situación y adaptarla a fines conscientes.

Como puede apreciarse, el diagnóstico de Mannheim recurría a una distinción que, proveniente de Max Weber, estaría igualmente presente en las reflexiones de los frankfurtianos: la distinción entre 'racionalidad formal' –que en Mannheim recibía el nombre de 'funcional'– y 'racionalidad sustantiva'.[29] Ahora bien, ¿en qué se originaba aquel desajuste? Según Mannheim, el problema radicaba en el hecho de que la sociedad industrial favorecía una racionalización limitada a algunos sectores (básicamente el económico y el técnico) pero que no propiciaba, en grado semejante, una racionalización de las relaciones humanas.

> La industrialización creciente –escribía– favorece por fuerza sólo la racionalidad funcional, es decir, la organización de las conductas de los miembros de una sociedad en ciertos terrenos. Pero no exige en igual medida la "racionalidad sustancial", es decir, la facultad de actuar en situaciones dadas con capacidad de juicio a base de una propia inteligencia de las conexiones.[30]

El predominio de la racionalidad funcional, capaz solamente de proporcionar los medios más eficaces para alcanzar determinados fines pero incapaz de proveer una orientación moral y normativa, tenía como consecuencia privar a los hombres de la capacidad de ejercer un control racional del proceso productivo. Aquella falta de "inteligencia de las conexiones" venía a resumir para Mannheim el significado de la alienación en el mundo contemporáneo. A su vez, la tendencia inexorable a la burocratización de todos los sectores de la vida social, expresión de una racionalidad funcional en expansión, provocaba el progresivo aislamiento entre los hombres sometidos al imperio de una racionalidad impersonal. Si el debilitamiento entonces de la racionalidad sustancial implicaba la incapacidad de los hombres para captar una situación y adaptarla a fines conscientes, ¿debía resultar asombroso que las transformaciones económicas se vieran acompañadas de vastas erupciones de conducta irracional?

En las conclusiones al prefacio que redactara Germani, en 1945, para la edición de *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, este planteo, que colocaba el origen de las explosiones de irracionalidad de la sociedad moderna en el predominio de una racionalidad funcional y el correlativo déficit de la racionalidad sustantiva, tomaba la forma de una crítica a la economía burguesa o del *laissez faire* y la apuesta por una "planificación democrática" –sobre la que tanto insistiera Mannheim– como alternativa a la planificación propia de los regímenes totalitarios que suponía la supresión de la libertad. En el lenguaje de un "socialismo reformista", común a Laski y a Mannheim, Germani escribía:

> La democracia planificada es la única respuesta adecuada a esa amenaza, pues no solamente no destruye la libertad, en su significado eterno, sino que crea las condiciones de su ulterior

[29] A juicio de los frankfurtianos, sin embargo, el error de Weber, a pesar de su distinción, consistió en haber identificado la racionalidad instrumental con el significado de la racionalidad o de la razón *tout court*. Para un desarrollo de esta cuestión, véase de Max Horkheimer *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973; y "Sobre el concepto de la razón", en Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Sociológica*, Madrid, Taurus, 1979.
[30] Karl Mannheim, *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Buenos Aires, Leviatán, 1984, p. 44.

> desarrollo. A la libertad negativa de la sociedad burguesa opone Laski la libertad positiva de la sociedad socialista: mientras ésta refiere los derechos de la personalidad a la personalidad misma, aquélla los funda, en última instancia, sobre la propiedad.

Pero en dicho prólogo Germani advertía, igualmente, y tomando en préstamo las palabras del propio autor, que "la libertad podrá surgir y ser conservada en una sociedad en que los hombres se encuentren igualmente interesados en su aparición y conservación". La adhesión de las masas a los regímenes totalitarios parecía haber puesto de relieve la validez de este último enunciado. Pero, ¿qué era lo que había empujado a los hombres a ofrecer apoyo a regímenes que eran la negación misma de la libertad?

4 En una visión retrospectiva sobre su relación con la obra de Freud, Horkheimer y Adorno expresaron lo siguiente:

> Por aquel entonces, a la sombra de la inminente y amenazadora dictadura hitleriana, nos encontrábamos ante la contradicción existente entre los manifiestos intereses de las masas y la política fascista, por la que aquéllas se dejaron atraer entusiásticamente. Vimos cómo la presión económica continuó en inconscientes procesos psicológico-sociales, lo que obligó a las gentes que se encontraban bajo esta presión a convertir la cuestión en una cosa propia, poniendo a la venta su propia libertad.[31]

No hay duda entonces de que aquello que articulaba la recepción de una literatura tan atenta a la dimensión de la psicología profunda del comportamiento estaba relacionado con un desconcierto (y una decepción) experimentado por los intelectuales de izquierda como consecuencia del apoyo de las masas a los régimenes totalitarios. En efecto, la emergencia de estos últimos había instalado en la conciencia de izquierda en general, y en los investigadores de Frankfurt en particular, la convicción de que la comprensión del comportamiento aparentemente anómalo de las masas y su adhesión a movimientos políticos que no parecían traducir sus verdaderos intereses exigía la presencia de un enfoque que fuera capaz de trascender el economicismo y el utilitarismo vigente en buena parte de las teorías sociales de entonces, y, muy especialmente, en el marxismo vulgar.[32]

En la Argentina, aquel desconcierto y decepción se había experimentado, claro está, en ocasión del apoyo de las masas populares al movimiento peronista. En el prólogo a *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, de 1947, se advierten perfectamente los signos de dicho desconcierto. Germani dejaría planteado ahí el problema al que volvería diez años más tarde:

> Se llega con esto –escribía– a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo: el del *sentido* que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Uno de los rasgos más característicos de la escena contemporánea ha sido la irracionalidad de tales adaptaciones (las cursivas son del autor).

[31] En "Prólogo" a Thedor W. Adorno y Walter Dirks (eds.), *Freud en la actualidad*, Barcelona, Barral, 1971, p. 7.
[32] Sobre la relación de los frankfurtianos y el psicoanálisis, véase Martin Jay, *op. cit.*, especialmente cap. III.

¿Cómo explicar entonces dicha irracionalidad? ¿Qué había impulsado a las masas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses? ¿Cómo había sido todo esto posible? ¿De dónde provenían esas fuerzas irracionales que "negaban las aspiraciones más arraigadas en la conciencia del hombre occidental"?

En un texto de 1945, titulado "Anomia y desintegración social",[33] Germani daba los primeros pasos en dirección a una respuesta a dichos interrogantes. La sociedad moderna atravesaba una crisis producto del proceso de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. La velocidad del tránsito exigía enormes esfuerzos de adaptación que provocaban fuertes trastornos en la personalidad; los antiguos esquemas de acción y representación social ya no resultaban adecuados para la nueva situación social y su desajuste respecto de esta última originaba procesos de desintegración social.

Por cierto, la solución a la crisis no radicaba en un restablecimiento de los lazos tradicionales, que Germani juzgaba incompatibles con la estructura de una sociedad industrial, sino en la creación de marcos institucionales que integraran al individuo en los valores de la cultura moderna. El problema no radicaba entonces en el espíritu moderno (secularización, racionalismo, individualismo) sino en esa convivencia, que podía resultar explosiva, de lo "contemporáneo con lo no contemporáneo": estructuras tradicionales deterioradas por el proceso de modernización, estructuras modernas y vastos sectores de la vida social parcialmente desintegrados. Dicho de otro modo, la crisis obedecía a una falla en un proceso de individuación que parecía reducirse a un efecto automático de la diferenciación social y que no le proporcionaba al individuo los medios para forjarse una personalidad. Más que a un aumento de la individuación, esa diferenciación puramente automática conducía en rigor de verdad a una creciente atomización social. Debilitados los lazos de solidaridad tradicionales, abandonados a sí mismos, los hombres –escribía Germani recogiendo los términos de la formulación de Fromm– se hallaban expuestos a la aceptación de vínculos que pudieran ofrecerles la sensación de pertenencia que habían perdido. Puede decirse entonces que el problema central que planteaba esa transición era esencialmente "moral" en el sentido que este término tiene en la obra de Durkheim pero que también pasaría a tener en la obra de Fromm, es decir, como un debilitamiento de los lazos sociales que otorgaban al individuo un sentimiento de comunión y pertenencia. A este respecto, en el Prólogo, escrito dos años más tarde, a propósito de la edición de *El miedo a la libertad*, Germani escribía:

> El hombre ha llegado a emerger, tras el largo proceso de *individuación*, iniciado desde fines de la Edad Media, como entidad separada y autónoma, pero esta nueva situación y ciertas características de la estructura social contemporánea lo han colocado en un profundo aislamiento y soledad moral. A menos que no logre restablecer una vinculación con el mundo y la sociedad, que se funde sobre la reciprocidad y la plena expansión de su propio yo, el hombre contemporáneo está llamado a refugiarse en alguna forma de evasión a la libertad.

Se aprecia, así, de qué manera Germani encontraba en las nociones de "aislamiento" y "soledad moral" de Fromm términos equivalentes al concepto de "anomia" desarrollado por Émile Durkheim. A la luz de este planteo, el totalitarismo aparecía como resultado de un proceso

[33] Gino Germani, "Anomia y desintegración social", en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, No. 4, 1945.

de atomización social que, a la vez que privaba a los hombres de los vínculos políticos tradicionales, los predisponía –a falta de una integración efectiva en los patrones de la vida moderna– a la adhesión a movimientos que fueran capaces de restituirle el sentido de pertenencia que habían perdido. Esa 'pérdida de comunidad' originaba sentimientos de alienación y ansiedad y la consiguiente predisposición a comportamientos extremos como modo de evadir esas tensiones.

Por cierto, desde un principio Germani se apartaría claramente de los diagnósticos de matriz conservadora según los cuales el problema estribaba en esa "rebelión de las masas", en su desdichadamente obcecada voluntad de tomar partido en el destino político de las naciones. Muy por el contrario, creía que la ampliación de la participación a sectores anteriormente excluidos de ella debía acreditarse como parte del proyecto histórico emancipatorio del mundo moderno. El problema era, más bien, que las experiencias del nacionalsocialismo en Alemania y del fascismo en Italia habían puesto en cuestión, de una manera por demás alarmante, los fundamentos mismos de la civilización moderna, pues exhibían, aterradoramente, que la solución al "problema de las masas" bien podía transitar por caminos bastante extraños a las formas políticas hasta entonces conocidas, y especialmente extraños a la democracia occidental. El éxito de esas formas que se revelarían verdaderamente extrañas a la imaginación política de entonces parecía exhibir, además, otra crisis, esta vez de naturaleza gnoseológica, relativa a los fundamentos de una antropología racionalista que hasta ese momento, de alguna u otra manera, había regido las explicaciones del comportamiento de los hombres. Motivaciones poco familiares a la razón al mismo tiempo que resistentes a los imperativos de los cambios estructurales parecían estar en el origen de unas preferencias ideológicas que ya no se dejaban aprehender bajo los supuestos de aquella antropología.

En este sentido, la obra de Fromm, y, muy especialmente, su operación de incorporación del psicoanálisis a una teoría de la sociedad, parecía ofrecer un camino propicio para explorar el sentido de todas aquellas perplejidades.

> El problema de la "falsa conciencia" –declaraba Germani en el prólogo a *El miedo a la libertad*– es decir de la falta de adecuación entre la realidad y su interpretación por parte de un grupo, de que se ocupa la sociología del conocimiento, puede ser examinado provechosamente desde el punto de vista de la psicología profunda, pues ésta revela la raíz psicológica de las ideologías y la *relación que existe entre esa deformación de la realidad y la estructura del carácter* (las cursivas son mías).

Si los términos de la formulación del problema provienen indudablemente de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim ("la falta de adecuación entre la realidad y su interpretación…") se advierte de qué modo Germani encontraba en el planteo de Fromm un modo de articular una respuesta al mismo a través de un diálogo con la psicología, y especialmente con el psicoanálisis.[34] Una problematización de las relaciones entre ideologías políticas y conformación psíquica (carácter social) de los individuos podía entonces ofrecer –creía Germani– una vía para interrogar los fundamentos de esa adaptación irracional que el totalitarismo ates-

[34] De todos modos, y como ha sido recordado, tampoco Mannheim se mostraría ajeno al proyecto de establecer una relación estrecha entre psicología y sociología. Véase, especialmente, Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, 1963. La edición inglesa original es de 1953.

tiguaba dramáticamente pero en la que no parecía estar ausente una alusión directa al peronismo; ella parecía capaz de poner al descubierto, igualmente, hasta qué punto "la amenaza de nuevas servidumbres" no habría de residir exclusivamente en factores estructurales o en alguna forma de restricción externa a la libertad sino en ciertas configuraciones de la subjetividad que obstaculizan la realización plena de la personalidad.

Pero, ¿de dónde provenían estas configuraciones? Aquí es donde la "revisión del psicoanálisis" propuesta por Fromm abría el camino para una integración del psicoanálisis a una teoría de la sociedad. En efecto, se abandonaba la imagen de una naturaleza humana universal, fija e invariable, dotada de un conjunto de tendencias biológicas comunes a la especie, y en su lugar aparecía el individuo social e históricamente conformado, cuya constitución biológica era, por el contrario, flexible y capaz de adaptarse a las distintas circunstancias a través de su propia modificación y de una transformación de las circunstancias mismas. Frente a la oposición mecánica del individuo a la sociedad, Fromm enfatizaba la interacción social como el lugar en el que la naturaleza humana adquiere, a través de la socialización, rasgos de personalidad históricamente únicos. En este sentido, una "acentuación sociológica" del psicoanálisis permitía integrar al análisis todas aquellas fuerzas sociales y culturales que intervienen en la formación de la personalidad, o del "carácter social" de los miembros de un grupo, pero subrayando, al mismo tiempo, de qué manera las "disposiciones psíquicas" así moldeadas intervienen, a su vez, como fuerzas activas en el proceso social. El enfoque de Fromm se revelaba así enteramente compatible con las innovaciones relativas a la "teoría de la personalidad" provenientes del campo de la sociología, y muy especialmente de la antropología cultural, entre las que Germani incluía la obra de Ruth Benedict, Margaret Mead y de Bronislaw Malinowski,[35] pero entre las que habría que añadir, igualmente, la de Ralph Linton. El aporte principal y más novedoso de estas innovaciones consistía, en efecto, en la afirmación de la existencia de patrones de cultura constitutivos de la personalidad y de la acción humana.[36] En este sentido, una reapropiación "culturalista" del psicoanálisis estaba en condiciones de ofrecer los medios para una superación de los errores antitéticos del "sociologismo", por un lado, que explica la vida social a partir de la existencia de fuerzas impersonales que trascienden al individuo, y del "psicologismo", por el otro, que procede de manera inversa.

Desde entonces, la reflexión de Germani en torno del psicoanálisis y de las posibilidades de construcción de una renovada psicología social estaría en el centro de sus preocupaciones.[37] Su intensa actividad editorial puede ser leída como parte de una estrategia políti-

[35] A este respecto, en el prefacio a la edición de 1949 de los *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, Germani señalaba precisamente la importante contribución de la obra del antropólogo en el surgimiento de las orientaciones revisionistas del psicoanálisis al poner de relieve la incidencia de la cultura en la formación de la personalidad y rectificar de esta manera el biologismo de las premisas del psicoanálisis. Así, por ejemplo, como en el caso de la crítica de Malinowski a la universalidad del complejo de Edipo y su reemplazo por la noción de un complejo nuclear familiar que varía precisamente en función de la estructura familiar y, consiguientemente, de la cultura. Gino Germani, "Prefacio a la edición castellana" a *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, Buenos Aires, Paidós, 1949.

[36] Dos títulos marcaron el denominado movimiento "cultura y personalidad": *Patterns of Culture*, de Ruth Benedict, traducido tempranamente al español por León Dujovne para editorial Sudamericana, en 1939, y *The Cultural Background of Personality*, de Ralph Linton, que la editorial del Fondo de Cultura Económica daba a conocer a los lectores de habla hispana en 1945, el mismo año de su aparición en inglés, con el título de "Cultura y personalidad". Véase Daniel Bell, *op. cit.*, pp. 56-57.

[37] Véase Gino Germani, "El psicoanálisis y las ciencias del hombre", en *Revista de la Universidad*, No. 3, La Plata,

co-intelectual destinada a tallar el perfil de 'ciencia del hombre' sobre la base de una convergencia, temática y metodológica, de los saberes de la psicología, la antropología y la sociología.[38] No resulta sorprendente a este respecto que una de las colecciones bajo su dirección llevara por título "Biblioteca de Psicología social y Sociología"; tampoco el título escogido para un curso en el Colegio Libre de Estudios Superiores, "Bosquejo de una psicología social en una época de crisis", y con el que habría de rotular, más tarde, la primera parte de un libro que reunía sus trabajos más tempranos.[39]

A este respecto, la importancia que, de ahí en adelante, habría de adquirir en la reflexión de Germani una incorporación del psicoanálisis como la ensayada por Fromm –y que daría lugar a lo que dio en llamarse como "psicoanálisis reformista"–[40] se advierte perfectamente en el Prólogo redactado para la edición de *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer, en 1951:

> Es en efecto en períodos de intensas y rápidas modificaciones, en períodos de crisis, que cobra importancia la investigación del proceso *in fieri*; y tal investigación, a diferencia de la que se dirige a los productos "ya hechos", cristalizados del proceso mismo, requiere el conocimiento de los *mecanismos explicativos de las acciones y los pensamientos humanos*, es decir, de la psicología" (las cursivas son mías).

En esta oposición entre productos cristalizados y procesos en curso se advierte bien que el acento puesto en la necesidad de desentrañar los mecanismos explicativos de las acciones muestra de qué manera Germani encontraba en la psicología, como disciplina que indaga los motivos de la acción, un camino para encarar, con renovados instrumentos analíticos, la pregunta por la cuestión de la racionalidad de la acción política que el advenimiento de la sociedad de masas y la emergencia del totalitarismo habían tornado problemática. La psicología parecía así el camino más adecuado para sortear aquella perplejidad pues en ella podían encontrarse los intrumentos conceptuales necesarios para una renovación de una teoría de la acción que fuera capaz de sobreponerse a la impotencia que frente a la crisis había experimentado una teoría de matriz racional-utilitarista.

1958, posteriormente incorporado a *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1966; igualmente, "Sociología, relaciones humanas y psiquiatría", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año I, No. 1, 1956. Debe reconocerse sin embargo que el interés de Germani por la psicología social no sería fruto exclusivo de su contacto con la obra de Fromm. Germani estaba muy atento, igualmente, a las tendencias de la psicología social norteamericana, como lo atestiguan sus primeros trabajos sobre el tema. Cf. "Métodos de investigación en psicología social", conferencia pronunciada en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1944; y "La psicología social en los Estados Unidos", en *Revista Internacional de Sociología,* No. 38, Madrid, Instituto "Balmes" de Sociología, 1952.

[38] A comienzos de la década del cuarenta Germani dirige en la editorial Abril la colección "Ciencia y Sociedad"; poco tiempo después asume la dirección –que compartiría más tarde con Enrique Butelman– de la colección "Biblioteca de Psicología Social y Sociología" para la editorial Paidós.

[39] Cf. Gino Germani, *Estudios de psicología social,* México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1956.

[40] Una dirección similar sería seguida por Karen Horney y Stack Sullivan, autores hacia los que Germani mostrará un particular interés. En 1946 Germani editaría en Paidós *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Horney. La relación de Germani con el "psicoanálisis reformista" ha sido analizada por Hugo Vezzetti en "Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta", *Punto de Vista*, No. 54, abril de 1995.

Y es que, en efecto, el totalitarismo parecía confirmar que, a despecho de las alianzas sociales fundadas en la existencia "objetiva" de intereses comunes, la necesidad de relaciones emocionales satisfactorias se revelaba, en ciertas ocasiones, como una motivación política mucho más sólida y duradera, a tal punto que empujaba a la gente, incluso, a actuar en contra de sus 'propios intereses'. Puede apreciarse entonces de qué modo una perspectiva como la de Fromm proporcionaba a Germani la posibilidad de expandir una problemática situada en el corazón de la sociología política de Max Weber, como la de la *autoridad*, a través de una problematización de las *relaciones entre psicoanálisis y política*. En efecto, el 'psicoanálisis reformista'de Fromm, al distanciarse de los presupuestos más biologicistas de la teoría de Freud y revelar, por el contrario, el carácter histórico y socialmente determinado de las formas de la conciencia social, ofrecía, a la vez que la posibilidad de incorporar al análisis de la acción las fuerzas sociales y culturales que la determinan, un modo de articular una perspectiva histórica de intelección de las transformaciones sociales. En el Prólogo a *El miedo a la libertad* Germani escribía:

> […] la estabilidad y la expansión ulterior de la democracia dependen de la capacidad de autogobierno por parte de los ciudadanos, es decir, de su aptitud para asumir decisiones racionales en aquellas esferas en las cuales, en tiempos pasados, dominaba la tradición, la costumbre, o el prestigio y la fuerza de una autoridad exterior (p. 18).

No es difícil reconocer aquí la presencia de la tipología weberiana relativa a las distintas formas de dominación y sus respectivas fuentes de legitimidad. Era indudable entonces que la adhesión de las clases populares a un movimiento político como el peronismo, adhesión juzgada atípica en comparación con las orientaciones ideológicas clásicas del movimiento obrero, tanto a nivel nacional como internacional, debía ser imputada a un déficit de individuación (incapacidad de autogobierno) cuya inmediata consecuencia era la reproducción, en la esfera política, de formas de comportamiento y relaciones con la autoridad propias de una sociedad tradicional. Germani volvía así a Weber a través de Fromm: el peronismo ponía en escena un conflicto entre tradición y modernidad.

La incorporación del psicoanálisis operada por los frankfurtianos ofrecía así un camino para explorar la adhesión de las masas a esas nuevas autoridades en la medida en que atendía a esas fuerzas socioculturales –tanto más poderosas que los intereses y al mismo tiempo menos fácilmente sujetas a cambios rápidos de coyuntura– que moldean la personalidad y/o el 'carácter' de los miembros de un grupo o de una clase. De manera que el contacto de Germani con la literatura de Frankfurt, y muy especialmente con la obra de Fromm, lo conduciría entonces a poner de relieve una dimensión de la vida social que los enfoques economicistas eran incapaces de advertir, a saber, la importancia que adquieren el conjunto de las potencias culturales formativas (tradiciones, valores, formas de sociabilidad, en fin, todo aquello que hoy solemos identificar como la dimensión *simbólica* de la sociedad) en la formación de las ideologías y, consiguientemente, en la orientación política de los actores. Dichas potencias habrán de constituir para Germani –si se me permite la expresión– la morfología misma de lo político. En la advertencia de esa dimensión Germani encontraba una vía para interrogar los vínculos entre *cultura y política*, o, dicho de otro modo, una manera de articular la reflexión sobre los procesos políticos en curso en conexión con los procesos culturales de más larga y compleja duración.

No es entonces casual que Germani se volviera hacia la *familia*,[41] precisamente la institución en la que la presencia de aquellas potencias formativas opera de manera decisiva en el moldeamiento psíquico de los individuos –o en la formación de su carácter– y cuyos resultados tienen alcances duraderos. Las ideologías autoritarias podían ser vistas así como una proyección, en el plano político, de relaciones de autoridad aprendidas en esa esfera prepolítica de socialización. Aun cuando en su interrogación de los lazos familiares Germani no adoptara la dirección de una exploración psicoanalítica como la ensayada por Fromm, el peso que las variables psicosociales habrían de adquirir en la misma constituye un indicador inequívoco de la importancia que asignaba a las formas de la subjetividad como elementos estructurantes de la dirección del comportamiento político. Se comprende, así, el que Germani confiara en que la crisis de la familia tradicional, caracterizada por relaciones autoritarias, y la emergencia correlativa de una "nueva familia", con predominio de relaciones más democráticas e igualitarias entre sus miembros, traería necesariamente aparejado un cambio en la configuración del escenario político. Más precisamente, en la crisis de la vieja familia Germani parecía percibir el anuncio de una paulatina pero irreversible extinción de las 'bases culturales' en las que hasta entonces descansaba el éxito del peronismo.[42]

5 Casi diez años después de aquel prólogo a la obra de Erich Fromm, en "La integración de la masas a la vida política y el totalitarismo",[43] Germani volvía sobre los mismos interrogantes pero esta vez a propósito de un problema bien preciso, la presencia del peronismo en la vida política argentina, su génesis y su significación. Y bien, ¿de qué manera su recepción de la literatura comentada se haría sentir en su interpretación de dicho fenómeno? Temo que, de acuerdo con los argumentos expuestos hasta el momento, el lector se vea inducido a arribar a la conclusión de que el peronismo constituiría para Germani un ejemplar más de los regímenes totalitarios con los que entonces era frecuente asociarlo. Nada más alejado de la verdad. En realidad, todo su esfuerzo interpretativo se encaminaría a establecer una distinción entre unos y otro.

Sin embargo, no voy a extenderme aquí sobre las distintas dimensiones analíticas que están presentes en un texto que es por demás complejo ni sobre las distintas modificaciones y especificaciones que Germani irá introduciendo en sus posteriores trabajos sobre el tema. Tampoco voy a detenerme en las diferentes interpretaciones críticas formuladas desde entonces.[44] Todo ello será objeto de un capítulo especialmente consagrado a tratar esta problemá-

[41] Gino Germani, "La familia en transición en la Argentina", en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962; y "La familia, ¿crisis o transición?", en *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

[42] Agradezco a Hugo Vezzetti el haberme advertido acerca de la importancia de la reflexión de Germani sobre la familia en relación con el peronismo. Véase del autor, "Enrique Pichón Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales", mimeo, 1998.

[43] El texto apareció originariamente en 1956 en la revista *Cursos y Conferencias*, No. 272, y luego fue incorporado como capítulo en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, citado.

[44] Véase Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Tulio Halperin Donghi, "Algunas observaciones sobre Gino Germani, el surgimiento de peronismo y los migrantes internos", en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente, *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico*, vol. 28, No. 112, enero-marzo de 1989.

tica en el marco de una investigación en curso.[45] Aquí me limitaré exclusivamente a presentar de forma esquemática la interpretación que del peronismo ofreciera Germani en el texto arriba citado con el objeto de mostrar de qué modo se articula allí su recepción de las investigaciones del Instituto de Frankfurt.

Como he afirmado hace unos momentos, la interpretación de Germani se caracterizará por establecer una distinción entre el peronismo y las experiencias europeas del totalitarismo. La misma radicaba en principio en una diferente composición de clase, diferencia que, a su vez, gravitaría decisivamente sobre la dirección ideológica de cada uno de los movimientos políticos. En ambos casos se trataba de regímenes políticos que habían recibido el apoyo de las masas, pero mientras en los casos del fascismo y del nazismo el grueso de dicho apoyo provendría de las clases medias inferiores (como también de la burguesía), en el peronismo serían las clases trabajadoras urbanas y rurales las que constituirían su base de sustentación política. Pero, además, la situación histórico-social de ambas clases era también diferente. En el primer caso, y como consecuencia del proceso de creciente concentración capitalista, del impacto negativo de la inflación sobre los ahorros de los sectores medios dependientes y del avance creciente del proletariado, las clases medias vieron amenazada su superioridad económica y el tradicional prestigio social de que gozaban frente a las clases populares. Ante esta amenaza de "proletarización" adoptaron una orientación política que las enfrentó a las clases populares en un movimiento por diferenciarse netamente del proletariado y recuperar sus posiciones adquiridas. El totalitarismo cobró así un marcado carácter antiobrero en el que el sentimiento de participación se fundaba sobre un complejo de actitudes perculiares: el prestigio y la jerarquía y el sentimiento de superioridad nacional y racial.

En la Argentina, las cosas ocurrirían de forma muy diferente. En primer lugar, las clases medias eran de formación reciente, sin las tradiciones de prestigio que caracterizaban a las europeas; según el autor, aquí no existía, además, un problema de "proletarización" puesto que su conformación había sido producto de un proceso de ascenso social también reciente. En cuanto a su integración política, dichas clases habían encontrado en el radicalismo el canal político de expresión de sus aspiraciones. La clase trabajadora era también de formación reciente, producto, en su composición mayoritaria, del rápido proceso de industrialización y urbanización masiva ocurrido durante la década del treinta. Carecía, por consiguiente, de experiencia sindical y no se hallaba integrada en los partidos tradicionales de la clase obrera. En resumen, mientras en Europa el proceso de proletarización había dejado como "masas disponibles" a las clases medias, en la Argentina la industrialización y la urbanización habían hecho lo mismo pero con las clases trabajadoras.

Ahora bien, ¿por qué en la Argentina la clase trabajadora –es obvio que esta última denominación, o la más difusa todavía de "clases populares" a la recurre por momentos Germani en lugar de la de "clase obrera", acentúa todavía más su argumento de la falta de identidad y autonomía del actor en cuestión– darían su apoyo a Perón? A este respecto, Germani desechaba de plano la teoría del 'plato de lentejas'. Los trabajadores no habían vendido su libertad a cambio de ventajas materiales, que, por otra parte, habían sido, según el mismo autor, más aparentes que reales. Ése no era precisamente el punto. Los motivos de la adhesión de las clases populares a Perón había que atribuirlos, en cambio, a satisfacciones de orden subjetivo.

[45] Véase nota 1 de este trabajo.

> La libertad que [las clases populares] creían haber ganado –escribía– era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal.

La posibilidad que el peronismo ofrecía al trabajador de afirmar esos derechos habría significado, por lo demás, "una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a todos los demás".

Vayamos ahora al problema más general, anticipado por Germani en ocasión del Prólogo a la obra de Fromm, relativo al sentido que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Como se recordará, y de acuerdo con la experiencia europea, Germani extraía la conclusión de que dicha adaptación había exhibido un carácter decididamente irracional. La adhesión de las clases trabajadoras al liderazgo de Perón, ¿debía ser observada como otro caso más de irracionalidad? Germani articula su respuesta a partir de la consideración de tres elementos: los intereses *reales* de cada uno de los actores respectivos (las clases medias, en el nazifascismo, las clases trabajadoras, en el peronismo); el grado en que ambos regímenes políticos satisficieron dichos intereses y la divergencia entre la satisfacción "real" y las "sustitutas" que proveyeron los mitos de las respectivas ideologías (nacionalismo, racismo y jerarquía, de un lado, justicia social, del otro); por último, los medios de comprensión de la situación con que contaban ambos actores, dependientes de su nivel de instrucción, de su participación en la vida política nacional y de su experiencia política previa.

De acuerdo con la consideración de los elementos mencionados Germani concluía que la irracionalidad de las clases medias europeas había sido mayor que la de las clases populares en la Argentina. En efecto, mientras que un análisis "racional" de la situación parecía indicar que los intereses de las clases medias eran, "objetivamente", coincidentes con los de las clases socialmente inferiores, aquéllas terminarían no obstante alineadas en contra de éstas. Actuaron, consiguientemente, contra sus propios intereses objetivos. La dictadura, en efecto, lejos de modificar la situación estructural que afectaba dichos intereses no tendió sino a reforzarla (aumento de la concentración económica y de los controles). Ofreció a cambio satisfacciones "sustitutas" que sólo podían aplacar la expresión (subjetiva) irracional de la crisis pero que de ninguna manera implicaban una recuperación de su posición y su estatus amenazados. Por lo demás, el hecho de que contaran con los medios necesarios para adoptar una acción política realista (información, tradición política, etc.) no hacía más que amplificar la irracionalidad de su acción.

En el caso del peronismo, en cambio, la situación era distinta. Aun cuando el régimen peronista, según Germani, no introduciría sustantivas modificaciones estructurales favorables a los intereses de los trabajadores, otorgaría a estos últimos, sin embargo, una conciencia de su propio significado como una fuerza social y política de primera importancia en la vida política nacional. En este sentido, y a diferencia de los casos europeos, no podía hablarse aquí de satisfacciones "sustitutas" puesto que los logros alcanzados por las clases trabajadoras durante el peronismo, relacionados básicamente con la afirmación de su identidad y poderío frente a las demás, "correspondían a sus objetivos 'verdaderos' dentro de la situación histórico-social correspondiente". En suma, su situación se había visto radicalmente modificada en un sentido favorable a sus intereses en ese preciso sentido, en el de haber obtenido el reconocimiento y la legitimidad de afirmar sus derechos frente a las clases propietarias. Era precisa-

mente este aspecto del fenómeno el que empujaba a Germani a reconocer en el peronismo un componente de emancipación y ciertos elementos de una "democracia sustantiva" que estaban del todo ausentes de los regímenes europeos.

Pero entonces, ¿en qué residía la irracionalidad de la acción? En la respuesta a este interrogante Germani cifraba la tragedia política argentina: dicha irracionalidad residía en que la integración de las masas a la vida política se había operado bajo el signo del totalitarismo, es decir, bajo un régimen político que significó una profunda alteración del funcionamiento de las instituciones de un sistema democrático. Lo racional, según el autor, hubiera sido el "método democrático". Y sin embargo, frente a esto último Germani reconocía las dificultades que una acción de este tipo había enfrentado durante la década del treinta, caracterizada por el fraude electoral y la represión a la actividad sindical. Pero además, si se tenía en cuenta el ingreso reciente de las clases trabajadoras a la vida urbana, su falta de experiencia política y sindical, y, sobre todo, "los infranqueables límites que las circunstancias objetivas oponían a sus posibilidades de acción política", el rumbo definitivo tomado por la clase obrera argentina debía examinarse bajo un ángulo algo diferente al de la mera irracionalidad.[46]

Es por tal motivo que Germani habrá de insistir en que, a diferencia del fenómeno del nazismo, en las clases populares argentinas no podía hablarse con propiedad de una *impermeabilidad a la experiencia* –término, este último, que Germani recogía de la *La personalidad autoritaria*– propio de la "estructura del carácter autoritario", y, consiguientemente, de "ciega irracionalidad". En todo caso, la adhesión de las masas a un líder autoritario como Perón se explicaba por la persistencia de una cultura política tradicional de tipo paternalista de la que el autoritarismo era la expresión psicosocial de unas clases populares recientemente integradas a la vida urbana. De ahí se explica, igualmente, el que Germani no confiara, como era habitual entonces, en la educación de las masas como elemento suficiente para corregir su orientación ideológica; no se trataba, entonces, como en los casos europeos, de un cambio de mentalidad, sino de "ofrecer a la acción política de esas masas un campo de posibilidades que les permitieran alcanzar sus objetivos 'reales' (objetivos que, a pesar de todo, habían percibido sin excesiva deformación, aunque sí fueron engañadas con las incumplidas promesas relativas a las reformas de estructura)".

Como se ve, fueron tantas las diferencias que Germani señaló entre nazifascismo y peronismo que por momentos la comparación misma parece tornarse irrelevante. Con todo, ella resulta, en el fondo, decisiva si se tiene en cuenta que el término de referencia comparativo no es tan sólo una experiencia en el sentido "empirista" del término sino también una "interpretación" de la misma realizada a partir de una determinada problemática. Es precisamente a través de ella, o, dicho de otro modo, a través del lenguaje que le provee la literatura sobre el fenómeno europeo con la que Germani estaba familiarizado, como este último enfrenta el fenómeno peronista. Con el recurso a dicho lenguaje Germani compone una síntesis en la que pueden reconocerse elementos provenientes de la problemática de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim (la racionalidad de una acción medida en términos de la relación entre la actitud subjetiva y la situación objetiva) y de aquellos otros más directamente relacionados con la apertura al psicoanálisis operada por la teoría crítica. Probablemente sería

[46] Sobre este particular, véase Emilio De Ipola, "Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", *Desarrollo Económico*, No. 115, 1989.

apresurado hablar aquí de una síntesis freudo-marxista, pero no es difícil percibir en el recursivo léxico de Germani ("intereses reales", "satisfacciones vicarias" (o sustitutas), "personalidad autoritaria" e "impermeabilidad a la experiencia", etc.) la presencia de una perspectiva tan atenta a las condiciones objetivas en las que una acción tiene lugar como sensible a la dimensión subjetiva de la experiencia. En el fondo, es la consideración de esta última dimensión la que permitirá a Germani hallar un principio de inteligibilidad a una acción que, en las condiciones descriptas, se revelaría menos irracional de lo que aparentaba, y sobrepasar, a su vez, el expediente sencillo y práctico de la "manipulación" como explicación del origen de un fenómeno político más complejo de lo que esa fórmula dejaba entrever.

Puede afirmarse entonces que, aun cuando Germani, en su interpretación del peronismo, se mostraría sensible a otros signos que los de la mera personalidad autoritaria, la obra del Instituto le proporcionaría, sin lugar a dudas, no tanto un conjunto de respuestas ya elaboradas sobre sus propios interrogantes sino una orientación teórico-analítica para transitar por ellos. Con esto no quiero sugerir, desde luego, que la interpretación de Germani se apoyaría exclusivamente en el esquema interpretativo que le ofrecía dicha tradición.[47] Pero es indudable que el énfasis que habría de asignar, por ejemplo, a los factores psicosociales y a la dimensión ideológica del fenómeno revela hasta qué punto la perspectiva de los frankfurtianos se haría sentir en su interpretación.

6

En un escrito tardío,[48] Germani reconocía que una fuente importante de las tensiones del mundo moderno que parecían poner en peligro su supervivencia y amenazaban las posibilidades de expansión de la democracia residía en "la orientación particular bajo la cual se cristaliza la propia civilización moderna". La misma estribaba en el predominio de la 'racionalidad instrumental' que, a la vez que "implica un criterio prescripto para la elección, al menos en el ámbito del conocimiento, la economía y la técnica", no está, desgraciadamente, en condiciones de discutir los fines, "y a la que solamente le interesan los medios más eficientes para alcanzarlos". Germani concluía con la siguiente afirmación: "Cabe añadir que la racionalidad instrumental se aplica del mismo modo a la producción de 'instrumentos de vida' como a la de 'intrumentos de muerte', como trágicamente lo ilustró el 'genocidio racional' de los nazis o la acumulación actual de las armas nucleares".[49]

El enunciado, ¿era la despedida de ese "retorno a la razón"[50] sobre el que tanto había insistido en años anteriores? ¿Qué quedaba de ese combate por el establecimiento de un "nuevo racionalismo, depurado y reafirmado tras los embates de la terrible crisis que le correspondió enfrentar"?[51] No he recurrido a esta cita, desde luego, para sugerir algo así como la presencia *in nuce* de una "dialéctica de la ilustración" en la reflexión de Germani. Tal sugerencia parece excesiva. En realidad, y como hemos tenido oportunidad de comprobarlo, los

47 Emilio De Ipola ha destacado el peso de la orientación conceptual del estructural-funcionalismo en la lógica argumentativa de Germani pero también el modo en que en esta última se verifica un cierto desplazamiento de aquél. En *op. cit.*, pp. 338-339.
48 Gino Germani (comp.), *Urbanización, desarrollo y modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1976, Introducción.
49 *Ibid.*, pp. 17-18.
50 La expresión pertenece al título de un libro de Guido de Ruggiero, *El retorno a la razón*, editado por Germani en la editorial Paidós en 1949.
51 Gino Germani, Prólogo a *Razón y naturaleza*, de Morris R. Cohen, Buenos Aires, Paidós, 1956.

textos de los escritores de Frankfurt que fueron objeto de su recepción serían aquellos en los que es posible reconocer una fe en la razón (y, con ella, en la ciencia social) como depositaria de un proyecto de transformación de la praxis social de carácter emancipatorio. En efecto, en la zaga de las investigaciones consagradas a explorar la problemática del autoritarismo, la idea de un "sujeto racional" constituye un presupuesto analítico de carácter normativo que anticipa la imagen de una sociedad emancipada. En la primera parte de *La personalidad autoritaria* se lee precisamente lo siguiente:

> Según la teoría, las variables de la personalidad que cumplen el rol más importante en la determinación de la objetividad y racionalidad de una ideología *son las que pertenecen al yo*, esa parte de la personalidad capaz de apreciar la realidad, integrar las demás partes y actuar con el mayor grado de conciencia. Es el yo lo que toma conciencia y responsabilidad de las fuerzas irracionales que actúan dentro de la personalidad. En esto nos basamos para creer que el conocimiento de los determinantes psicológicos de la ideología tiene objeto *pues el hombre es capaz de desarrollar su parte racional* (p. 36 de la edición castellana).

Como puede apreciarse, la apelación a un sujeto racional como expresión de una autoconciencia políticamente ilustrada presupone, todavía, la existencia de un contenido emancipatorio de la razón a la vez que la idea de que sólo una sociedad *racionalmente planificada* estaba en condiciones de traducir de manera no distorsionada los intereses y las aspiraciones de los hombres. La presencia de una psicología del yo –cuyas implicaciones conformistas habían sido ya, curiosamente, especialmente criticadas por Adorno–,[52] junto al esquema de análisis más propio de la psicología freudiana, atestigua, en el plano del concepto, esta confianza en el sujeto racional. Una confianza que, como es sabido, estaría del todo ausente en textos como *Dialéctica de la Ilustración*, de Theodor Adorno y Max Horkheimer, o en *La crítica de la razón instrumental*, de Max Horkheimer, en los que la visión sobre la razón es, indudablemente, muy distinta;[53] según esta última, la razón, devenida mero instrumento de cálculo o medida, termina perdiendo su autoridad frente a los fines, al declararse incapacitada para decidir sobre fines contrapuestos. Una razón sólo apta para justipreciar los medios más eficaces para alcanzar fines que permanecen al margen de la discusión señala el costado irracional de una razón meramente formalista, pues son esos medios los que a la larga terminan por oscurecer y hasta eliminar los fines por los que se había puesto en práctica el proceso racional.

[52] Theodor Adorno, "La revisión del psicoanálisis", en Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Sociológica*, Madrid, Taurus, 1979. Aparecida en alemán en 1964, la primera versión del texto, sin embargo, proviene de una conferencia del autor de 1946. A juicio de Adorno, la psicología del yo en la que se fundaba el "psicoanálisis revisionista" se veía incapacitada de exhibir el daño de la socialización sobre el individuo y terminaba, en el mejor de los casos, suponiendo aquello mismo que debía ser objeto de examen: la existencia del yo opuesto a la sociedad. Sobre las diferencias entre Fromm y Adorno, cf. igualmente Martin Jay, *op. cit.*, cap. III. El revisionismo psicoanalítico sería duramente criticado igualmente por Herbert Marcuse. Véase del autor, "Crítica del revisionismo neofreudiano", en *Eros y civilización*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.

[53] Por cierto, si bien el pesimismo intelectual irá consolidándose con los años, el contraste señalado no refleja estrictamente una línea de evolución del pensamiento de los autores; Así, por ejemplo, mientras *Dialéctica de la ilustración* (Horkheimer y Adorno) y *Crítica de la razón instrumental* (Horkheimer), que condensan a nuestro juicio la perspectiva pesimista, fueron redactadas a mediados de la década del cuarenta (la edición de la primera obra es de 1944, la segunda de 1946), aquellas otras obras que exhiben una perspectiva alternativa, como "Autoridad y familia" de Max Horkheimer y *La personalidad autoritaria*, de Adorno y otros, entre otras, pertenecen a las décadas del treinta y del cincuenta respectivamente.

De cualquier modo, y no obstante estas aclaraciones, puede admitirse que el comentario de Germani citado más arriba advierte muy claramente acerca del desarrollo unilateral de la racionalidad moderna, de su estilización en tanto razón instrumental y las consecuencias nocivas que de ello se derivan. No es difícil percibir una cierta afinidad entre dicho comentario (y especialmente en la expresión de "genocidio racional") y las afirmaciones más representativas sobre este particular de parte de los miembros más conspicuos de la Escuela de Frankfurt.[54] Tampoco un eco de aquel diagnóstico de Karl Mannheim citado más arriba relativo al predominio de la racionalidad funcional (formal) como amenaza a la civilización moderna. Si esto último es verdad, ello prueba no solamente la persistencia de esta tradición en la reflexión de Germani sino también, algo que es aún más importante, el hecho de que su contacto con la misma le permitirá forjarse una imagen un poco más abigarrada de aquel fenómeno que, en los hermosos días de la sociología del desarrollo, recibiera el nombre, tan penetrado de una confianza admirable como cándida, de modernización. Pues aquí ya no estamos en presencia de un conflicto entre tradición y modernidad; ya no se trata, consiguientemente, de superar los obstáculos a la modernización propios de un proceso de transición; mucho menos de someter a planificación las variables del crecimiento económico; se trata, en rigor, de un problema inscripto en el despliegue mismo de la razón o, en todo caso, de su forma históricamente acontecida; la amenaza a la democracia proviene, en realidad, del predominio de una racionalidad formal (o funcional) que, a la vez que priva al individuo de formas de integración "orgánicas" a la sociedad, no está en condiciones de orientar al actor en el terreno de los valores. O, en todo caso, esa orientación puede estar referida sólo a los medios más eficaces, quedando los fines, en el marco estrecho de una razón formalizada, al arbitrio inescrutable de la decisión. Se advierte así hasta qué punto en su relación con los escritores de Frankfurt Germani encontraría algo más que una perspectiva analítica para transitar por los interrogantes que planteaba el peronismo; también, y muy probablemente, ciertos elementos de una *filosofía crítica de la modernidad* bajo la forma de un escrutinio de la razón moderna de inconfundible sabor weberiano. □

[54] A este respecto, Irving Horowitz ha señalado la fascinación que experiementaba Germani por el pensamiento y la obra de Herbert Marcuse. Véase, Irving Louis Horowitz, "Modernización, antimodernización y estructura social: reconsiderando a Gino Germani en el contexto actual", en Jorge Raúl Jorrat y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 46.